

Alberto Chattás

Corrían la mitad de los años 60 del siglo anterior cuando el reconocido profesor titular de pediatría de la Universidad Nacional de Córdoba se mudaba a Buenos Aires con su familia.

Uno de ellos, Albertito, deseaba ser médico y seguir el modelo de la figura paterna.

Al joven no le sería nada fácil estar a su altura. El maduro profesor había recibido en Córdoba, honores, reconocimiento y prestigio, valores y logros que se alcanzan en las universidades inmersas en una sociedad particular como la Argentina por múltiples y complejos caminos.

El Dr. Florencio Escardó, profesor titular de Pediatría de la Facultad de Medicina de la Universidad de Buenos Aires que en ese entonces conducía la 2ª Cátedra ubicada en el Hospital de Niños Dr Ricardo Gutiérrez, intentó motorizar una causa que le parecía justa. Propuso en el Consejo Superior de la UBA que se le debían reconocer los méritos al profesor cordobés y por tal motivo se le otorgara el título de Profesor Titular a su amigo Alberto Chattás.

El esfuerzo del Dr. Escardó no fue casual. Eran grandes amigos con el colega cordobés a pesar que ambos competían por obtener el mayor entusiasmo de la platea que escuchaba las conferencias de estos líderes de la pediatría. Elegantes, seguros, seductores, de amplio conocimiento científico enmarcados por una visión amplia del contexto económico, político y social lograban ser seguidos por un público entusiasta.

Sin embargo, el deseo del profesor capitalino no fue acompañado por el Consejo Superior de la UBA. El Dr. Chattás al ver interrumpido su camino docente, decidió volver su tierra.

Para esa época, su hijo Albertito alcanzaba los últimos años de la carrera de me-



dicina. Había heredado de su padre gran capacidad de síntesis durante la lectura, facilidad para expresar ideas, exitosa locuacidad y también... su seducción.

Albertito había sido muy reconocido por la sociedad cordobesa no solo por el nombre de su padre. Su madre, poseedora de un apellido asociado a cadenas de bancos y empresas automotrices paseaba fre-

cuentemente por la ciudad junto a sus hijos en modernos automóviles conducidos por el chofer de la familia.

Albertito nunca respaldó sus circunstancias en estas historias. Y en muchas oportunidades, aún de pequeño, intentó parecer un niño común que jugaba al mecánico y al carpintero con su mejor amigo de la adolescencia que fue justamente el chofer de la familia.

Grande era el enojo de su madre al no encontrarlo durante horas y verlo aparecer lleno de grasa o con virutas de madera en sus manos y ropas.

Fue justamente este mismo empleado, en el taller de la casa familiar el que dio al niño las primeras lecciones de mate y guitarra en el taller de la casa.

Alberto Chattás, ya médico, nunca olvidó las lecciones de música y vida que aquel señor le había enseñado durante esas tardes de mate y guitarra tañida con uñas de grasa en el galpón de una casa señorial.

Tal vez, por aquellos avatares ocurridos dentro de la Universidad de Buenos Aires, Alberto Chattás hijo cursó su residencia en Suiza.

Vuelto a la Argentina, el joven médico recordaría con cariño las tardes en que al salir del hospital se encaminaba en subterráneo hacia las pistas de esquí. Insistía con su lema de que nunca había que recorrer la última vuelta. El cansancio muscular según él, impedía la adecuada colocación de la pier-

na que da hacia el valle de la montaña. El entusiasmo por esta última vuelta le había costado al joven un largo reposo por la intervención de su menisco interno.

Durante un tiempo, Alberto Chattás ingresó en nuestro Hospital a la sala de nefrología. Simultáneamente, inauguró su consultorio privado en el centro de la Capital Federal.

Con el decurso de sus primeros años como médico, Alberto, más proclive a un pensamiento profesional amplio antes que focalizado y profundo, decidió que su capacidad profesional se vería más realizada en el Consultorio de Niños Sanos del Hospital de Niños Dr. Ricardo Gutiérrez.

Allí, durante más de 30 años compartimos interconsultas de residentes, ateneos de la división, ateneos centrales del hospital, discusiones bibliográficas y también de las otras. Alberto tenía grandes conocimientos pediátricos de todo tipo. No era tarea fácil enfrentarse ante el público a sus propuestas desbordadas por contenidos científicos y sus ideas sobre la pediatría amplia. El viejo profesor cordobés había dejado su impronta en el hijo Albertito. La transdisciplina había caído hondo en su modelo profesional.

Hace apenas dos meses me encontré con él. Ya jubilado, como yo, me comentó que andaba muy bien, que todo seguía en

su vida como en aquellos momentos compartidos en mi propio taller, cuando me contaba particularidades de su vida afectiva y su historia de niño de alta sociedad, con sucias uñas llenas de grasa devenido en mecánico y músico carpintero.

Hoy me enteré de su fallecimiento. El muy soberbio, no había querido contarme de su enfermedad terminal y sus padecimientos desde hacía dos años atrás.

Te entiendo, Alberto. Desde tu jubilación no hubo más salidas, noches de asado y guitarra, ni enfrentamientos en los ateneos junto a los residentes. Te quise demasiado como para no sufrir profundo dolor si hubiera llegado a compartír tu muerte lenta.

Me ahorraste esa época.

Diste tu última vuelta como en las canchas de esquí. Soberbio, seductor, sin querer mostrarnos tu caída sobre la fría nieve de la vida. Así te recordaremos tus amigos de siempre.

Dr. Carlos Needleman

Profesor Titular Consulto,
Departamento de Pediatría,
Facultad de Medicina, UBA.

Compañero del Dr. Chattás en el
Consultorio de Seguimiento Longitudinal
del Niño y la Familia (Niño Sano).
Hospital de Niños Ricardo Gutiérrez.

María Amalia Ferro

La Dra. María Amalia Ferro nació en Buenos Aires, más precisamente en el barrio de Boedo, el 5 de agosto de 1936.

Hija única, creció rodeada por el cariño y los mimos de abuelos y tíos. Estudió magisterio en la Escuela Normal de Lenguas Vivas y entró luego a la Facultad de Medicina de la UBA donde recibió su título de médica en 1962 año en el que contrae matrimonio con el Dr. Adalberto López con quien tiene a su única hija María Victoria.

Ingresó a nuestro Hospital de Niños y se desempeña como residente entre los años 1963 y 1966. Luego permaneció varios años al lado de uno de sus maestros más queridos, el Profesor Dr. Florencio Escardó, a quien solía referirse con admiración, respeto y orgullo por haber sido una de sus discípulas.

En apariencia introvertida pero con un sentido del humor a flor de piel que hacía de nuestros ratos de ocio un divertimento permanente cuando contaba, como nadie, anécdotas de la guardia en la que se desempeñó como auxiliar durante muchos años.

También trabajó en la Sala 4 en colagenopatías junto a Lina Leggire y en los '70 ingresó a su lugar de permanencia hasta su retiro en 2004, la vieja Sala 3 de Clínica, hoy



Unidad 4 Hepatología donde junto a las Dras.

Fernanda García de Aramburu e Isabel Badía conforman el primer Grupo de Estudio de Hepatopatías, pionero a nivel nacional y en Latinoamérica.

Clínica y hepatóloga pediatra con gran compromiso para con los pacientes se destacó por ejercer y disfrutar del consultorio de Hepatología de nuestro Hospital de Niños

y ser la referente en ese ámbito.

Participaba activamente de todas las actividades relacionadas con la especialidad dentro y fuera del ámbito hospitalario y fue reconocida como una profesional de consulta.

Es para mí muy triste tener que escribir para despedirla esta reseña acotada de su vida. Conformamos durante muchos años un trío (Badía, Ferro, Galoppo) que trascendió a la Hepatología Pediátrica que nos unió, para convertirse en una hermosa y perdurable amistad.

Fue sin dudas un regalo de la vida trabajar, respetarnos y querernos, más allá de cualquier otro motivo que no fuera el compartir el día a día de nuestras vidas. Te extrañamos.

Dra. Cristina Galoppo